

de sus caras se descubría una escalera de ciento veinte gradas para cada piso.

El dios Mexitlo, á quien se ofrecía el corazón de las víctimas, estaba representado bajo el aspecto de una figura humana, horriblemente feroz, con serpientes y rayos en la mano y cubierto de dibujos simbólicos. El fuego sagrado se conservaba en dos grandes urnas de mármol, y las numerosas capillas brillaban con todo el lujo imaginable.

Motezuma poseía palacios de grande extensión, contruidos de piedras sujetas con cal y formados de infinitas habitaciones reunidas; el que fué destinado para Cortés hubiera bastado para alojar ocho mil hombres. El emperador se habia retirado al palacio del luto, en el que todo era sombrío y horroroso, y apenas penetraba la luz. Tenía tambien sitios de recreo, y se citan dos de ellos como verdaderas maravillas: el uno lleno de aves de rapiña y el otro con los pájaros más dóciles y raros. Vastas galerías sostenidas por columnas de mármol de una sola pieza daban á los jardines, donde los árboles y las aguas ofrecían asilo á las diversas clases de volátiles, y trescientos hombres encargados de cuidarlos recogían sus plumas para formar dibujos. Tambien se cultivaban plantas medicinales para distribuir las á los que las pedían.

Motezuma habia hecho conducir por medio de dos conductos de piedra abundantes aguas para el riego de sus jardines y para la comodidad de la ciudad. Las armas se conservaban en dos arsenales: una guardia de corps vigilaba las treinta puertas del palacio, y toda la nobleza del reino hacia el servicio, cuando le tocaba, en las salas interiores. Además de dos reinas de la raza real, tenía el emperador un gran número de concubinas. Daba audiencia muy raras veces, y cuando lo hacia desplegaba un aparato fastuoso. Algunas veces comía en público, pero siempre solo, y se le servían hasta doscientos platos, entre los cuales elegía uno, y los demas se distribuían á los nobles de guardia. Solían tambien asistir á la comida algunos bufones y músicos.

Después de haber hecho tantos gastos para satisfacer sus gustos fastuosos y para poner en pie dos ó tres ejércitos, todavía le quedaban tesoros, por lo mucho que producían las minas

y las salinas; y más aún, por el producto de las contribuciones, en atención á que cada propietario pagaba una tercera parte de sus frutos y los artesanos igual porción de los objetos elaborados.

Cortés quiso verlo todo, y desde lo alto del templo extendía sus miradas sobre la gran ciudad, aún cuando se sentía estremecer á la vista de los restos sangrientos de los sacrificios humanos. Motezuma se resignaba á oír las rudas predicaciones de este soldado, y luego se prosternaba para pedir perdón á sus dioses de las blasfemias que acababa de oír. La primera idea de Cortés fué fortificarse en el palacio que se le habia señalado para residencia, y allí soñaba en los medios de conquistar un país cuyas riquezas excitaban de día en día su codicia. En el entretanto, un general mejicano sitió á Veracruz, y aún cuando fué rechazado, mató á muchos españoles y cogió á uno prisionero, cuya cabeza fué paseada por todo el imperio con el fin de sublevar el odio nacional contra estos extranjeros, y de disipar el pavor que inspiraban probando que eran mortales como los demas.

Muy pronto conoció Cortés el peligro que corría si desaparecía el prestigio, y resolvió intentar uno de esos golpes que ni el mismo triunfo puede librar de la censura de temeridad. Fuese al palacio de Motezuma, lo sacó de él, y habiéndolo conducido al suyo, le impuso sus órdenes. El general agresor fué quemado vivo y la misma suerte sufrieron los que habian manifestado dudas acerca de la inviolabilidad de los españoles. Motezuma, cargado de cadenas, se vió obligado, lleno de horror él y todos los suyos, á reconocerse vasallos de Carlos V y á suministrar, á título de donativo, 600.000 marcos de oro puro, sin contar una infinidad de piedras preciosas. No fué posible reducirle á que cambiase de religion; sin embargo se suspendieron los sacrificios humanos y las vírgenes y los santos reemplazaron en los templos el monton de cráneos humanos.

Motezuma creyó que Cortés se marcharía después con arreglo al convenio estipulado; pero lejos de esto, proclamó la soberanía de España y reclamó de nuevo oro para los gastos necesarios. Pero supo con sorpresa que habia llegado Narvaez con un ejército para quitarle

el mando y la libertad. Sin perder tiempo resolvió marchar contra él, dando á los mejicanos el espectáculo de una guerra fratricida; pero venció á su rival y redujo á servir á su gente bajo sus banderas; creció en valor con su poder y acometió la empresa de someter á todo el país. Durante su ausencia, Alvarado, que quedó mandando, dejó á los mejicanos que se rennieran para una fiesta y se aprovechó de esta ocasion para matarlos. Esta odiosa traición dió amargos frutos. La nobleza temblaba al contemplar el envilecimiento en que habia caído Motezuma, los sacerdotes al considerar la profanación de sus ritos y todos al sufrir tantos ultrajes; estalló la insurrección y el palacio de Cortés fué sitiado. Motezuma se presentó en vano para aplacar su furor, pero fué insultado por su debilidad y aún le alcanzó una herida. Reconociendo entonces que habia llegado á ser un objeto de desprecio para los suyos, espiró de dolor.

Después de haber perdido una prenda de tanto precio, los españoles, cercados por todas partes, reconocieron la necesidad de pelear en retirada; pero en el momento en que atravesaban la calzada, protegidos por la oscuridad, los mejicanos, persuadidos de que los hijos del sol no podrían obtener por la noche el auxilio de su padre, los atacaron con más confianza, perdiendo los españoles todos sus caballos, su artillería, su tesoro y algunos de sus más esforzados campeones, que fueron sacrificados por los vencedores con el fin de recobrar el favor de los dioses. Pero no habia pasado todavía el mayor peligro; apenas habian atravesado los españoles, después de una penosa marcha, el estrecho pasaje, cuando se encontraron enfrente de un ejército formado en buen orden. Se necesitaba toda la constancia de Cortés para no sucumbir. Sin dejar á los suyos el tiempo necesario para reconocer toda la gravedad del peligro, se lanzó sobre el enemigo, y como sabia por Motezuma la mucha importancia que daban los mejicanos á su estandarte, se precipitó solo sobre el jefe que lo llevaba y se lo arrancó, juntamente con la victoria.

Tomó en seguida á Tlascala, y en lugar de pensar en poner á cubierto las pocas fuerzas que le quedaban, inspirado por el Espíritu Santo, envió á buscar por todas partes municiones

y hombres, que no tardaron en llegar atraídos por la fama de las riquezas que estaban reservadas á los vencedores. Ocho mil esclavos tlascaltecas fueron empleados en conducir á la espaldas la madera necesaria para construir embarcaciones, y bien pronto aparecieron sobre el lago algunos botes mal contruidos. Cortés dispuso entonces romper los acueductos, y si Guatimozin ó Gurtimozin, sobrino y sucesor de Motezuma, llevó la mejor parte en muchas batallas, si fueron degollados muchos españoles en las teocalis para aplacar la divinidad, al mismo tiempo que el sonido del tambor sagrado despertaba el entusiasmo guerrero, los mejicanos fueron consumidos por el hambre, y las tribus de las inmediaciones desertaron de su bandera.

Finalmente, poniendo Cortés su confianza en Jesucristo y en Santiago, reunió quinientos españoles, á los cuales se unieron algunos tlascaltecas, y con seis piezas de artillería atacó de nuevo á Méjico, defendido intrépidamente por Guatimozin contra el esfuerzo de las armas y contra la traición. Se apoderó de la ciudad con mucha efusión de sangre, quedando prisionero el emperador con toda su familia. «Todos los canales, dice Bernardo Diaz, testigo ocular, las plazas y las calles, estaban llenos de cadáveres y de cabezas cortadas; no se podía andar sin pisarlos. He leído la destrucción de Jerusalén, pero no creo que hubiese allí tanta carnicería.» Los que sobrevivieron, teniendo que luchar con el hambre, se vieron obligados á escarbar en las inmundicias para arrancar un pasto repugnante; y si el hierro hizo sucumbir á cien mil personas, el hambre y las enfermedades acabaron con un doble. El botín fué inmenso, de manera que los sueños de riqueza en que se habian mecido los españoles, quedaron realizados. ¿Pero qué se hizo del tesoro de Motezuma? Sospechaban muchos que Cortés le habia hecho desaparecer; pero éste supo hacer recaer las sospechas sobre Guatimozin, que á pesar de los tratados, fué puesto sobre un brasero con el fin de hacerle confesar lo que habia hecho del tesoro. Echado á su lado sobre las ascuas, compartía el suplicio su ministro, y oyéndole gemir Guatimozin, le dijo: *¿Pues qué yo estoy en un lecho de rosas?*

Esta fué la primera conquista de que pu-

dieron alabarse los españoles, y la que manifestó la superioridad de las armas y de la disciplina europea. Cortés, no sólo había fundado una colonia, sino que había sometido un imperio poderoso y afamado que ofrecía rentas inmensas. La relación de estos triunfos hizo callar á la malevolencia en la corte de España, uniéndosele una porción de aventureros y un gran número de indios; de tal modo, que se encontró á la cabeza de doscientos mil hombres. Carlos V le asignó como marquesado el valle de Guajaca, con el título de gobernador y capitán general de Méjico.

Revestido de estos poderes, se ocupó de organizar su conquista fundando nuevas ciudades, dando al país instituciones é iniciándolo en las artes de Europa. Mandó explorar el país para recibir la sumisión de los habitantes y para hacer que le entregasen el oro. Alvarado atravesó cuatrocientas leguas de tierras desconocidas y ganó á Goatemala, donde mandó construir á Santiago. Informado Cortés de que existían preciosas minas en Higueras y en Honduras, dirigió una expedición, con la esperanza de encontrar todavía por aquel punto un paso hácia el mar del Sur, á las órdenes de Cristóbal de Oli. Pero descontentas las tropas al ver que el oro que encontraban no era tan abundante como se habían figurado, se insurreccionaron contra el gobernador, y Cristóbal de Oli el primero. Habían tenido también necesidad de luchar contra los indígenas excitados por las mujeres, que, desnudas y con el cuerpo pintado, parecían brujas á los españoles, mientras que ellas se mostraban heroínas.

Cortés se puso en marcha con un ejército para ir á castigar la rebelión. Auxiliado de un mapa que le había regalado un cacique, atravesó bosques inmensos cuya extensión y profunda oscuridad desesperaban á los que le seguían; pero al fin, después de haber corrido muchos cientos de leguas, llegó á Honduras, condenó á muerte á Cristóbal de Oli, y obligó á la colonia á entrar en obediencia.

Temiendo que los mejicanos pensasen aprovecharse de sus reveses para rebelarse durante aquella expedición, hizo ahorcar á Guatimozin que había recibido el bautismo. A su regreso hizo construir la nueva capital sobre las ruinas de la antigua por mano de los mismos indios

que le habían ayudado á destruirla. Siguió las mismas líneas, pero cegando los canales, y en el día es una de las más hermosas del mundo, que no cuenta ménos de ciento cuarenta mil habitantes. Los castellanos iban á establecerse allí llamados por Cortés, quien suplicó á Carlos V que enviase sacerdotes de corazón sencillo, pero no frailes ni otros holgazanes, ni médicos que llevasen enfermedades nuevas en lugar de curar las antiguas, ni lejistas que inoculasen en el país la peste de los procesos. «Todas las plantas de España, le escribía, prevalecerán admirablemente en esta tierra. No haremos aquí lo que en las islas; cuidaremos de no abandonar la agricultura ni destruir los habitantes. Una triste experiencia debe habernos hecho más avisados. Suplico á vuestra alteza que ordene á la casa de Contratación de Sevilla que no permita hacerse á la vela para este país á ningún buque, si no forman parte de su flete plantas y semillas.»

En efecto, el cultivo de los vegetales de Europa prosperó en un país cuya fertilidad sería prodigiosa si fuesen más abundantes las lluvias. Se debió pensar entonces en armonizar lo posible las formas y condiciones del estado nuevo con las del antiguo, y en efecto, parece que Carlos V concibió esta idea, ó le fué sujerida, porque en 1553 pidió un informe exacto sobre el país, y todavía poseemos la respuesta de Alonso de Zurita, de donde hemos tomado muchas noticias para describir la condición de aquel país. Ninguno era más á propósito para llenar esta tarea, porque había recorrido casi todas las nuevas conquistas como magistrado y filósofo, y había hablado con los testigos más fidedignos, con los viejos indígenas y con los misioneros, cuando estaba todavía reciente el recuerdo de los sucesos. Demostró la equivocación que había en tratar á los mejicanos como bárbaros, y expuso la dulzura de sus costumbres con la atrocidad de los *corregidores* y *encomenderos* españoles; este era el nombre de los sujetos á quienes había la España confiado el país y su población para gobernar y vigilar en la propagación y conservación de la fé. Son un argumento poderoso, aún cuando rechaza sus consecuencias, de los hechos confesados por Fernando Cortés, que á cada instante manifiesta su admiración por el orden, industria y cons-

trucciones de los mejicanos. Los españoles, sin embargo, tenían interés en hacerles pasar por poco cultos, indisciplinados é indisciplinables con el fin de disculparse por haber violado en ellos el derecho de gentes y el de la naturaleza.

No por esto pretendemos ensalzar la civilización de los mejicanos; hallamos entre ellos algo de triste y sentencioso que revela una nación decrepita; sacerdotes consagrados al celibato y aislados del mundo, sacrificios execrables, y en todas partes costumbres muy distintas de la sencillez de los pueblos nuevos. Decimos solamente que era una enorme falta condenar como bárbara é insociable á semejante nación, y entregarla á toda la codicia inhumana de conquistadores ignorantes que se repartían entre sí las tierras y los hombres. Obligados los naturales á trabajar en las minas, obstruían con sus cadáveres los caminos que conducían á ellas; la menor desobediencia por su parte era declarada rebelión y castigada como tal. No bastaba esto para oprimirlos con una arrogancia brutal. Los españoles recurrieron á las astucias fiscales. Se decretó que todos los que se embriegasen serían condenados á los trabajos de minas, y se ofreció al mismo tiempo alicientes á la embriaguez; se impuso la confiscación al colono negligente; y se le impidió trabajar abrumándolo con gabelas, con el fin de buscar un pretexto para despojarle de sus fondos. Después se prohibió el cultivo de la viña y del olivo, y fué necesario pagar cuatro reales por cabeza para oír la misa.

¿No tenían razón los mejicanos para odiar á sus dueños y para negarse á unirse con sus mujeres, para no engendrar compañeros de tanta miseria?

No iban mejor las cosas para la raza dominadora, en la cual se desarrollaron los vicios más detestables, un egoísmo repugnante, una codicia desenfadada y la pasión por las mujeres y por el juego. No tardaron en comunicarse estos vicios á los vencidos, que pensando sólo en su interés particular, se acusaban unos á otros para salvarse, se entregaban al espionaje haciéndose cómplices de los españoles, para sustraerse al peligro, para vengarse y para enriquecerse.

Cortés no fué testigo de estos horrores á los

cuales había abierto el camino. La corte de España, fiel á su antiguo sistema de ingratitud y desconfianza, se puso á acecharlo cuando llegó inopinadamente á Toledo con un séquito magnífico. La pompa de que iba rodeado dió una alta idea del país conquistado, y Carlos V acogió al héroe con vivas demostraciones de estimación, pero disminuyó su autoridad y dió el título de virrey de Méjico á Antonio de Mendoza.

No quedó otra perspectiva á Cortés que la de poder ejercitar todavía su génio emprendedor en los descubrimientos. Carlos V le había recomendado explorar las costas orientales y occidentales de Nueva España para buscar el *secreto del Estrecho*, destinado á abreviar en dos terceras partes la navegación desde Cádiz á las Indias Orientales. Cortés prometió lograrlo, y mandó partir á sus expensas á Fernando de Grijalva, que descubrió las costas de la California, adonde se dirigió él mismo en seguida con cuatrocientos españoles y trescientos esclavos negros para continuar los descubrimientos.

A medida que se aparecía un país nuevo, la imaginación trasportaba allí sus delirios; en Cumana y en Caraca se exaltaba la riqueza de los países situados entre el Orinoco y el Río Negro; en Santa Fé sólo se hablaba de las misiones de los Andalaquíes, y en Quito de las provincias de Macas y Méaxa. La California era un país muy desgraciado bajo un hermoso cielo; pero producía las perlas, cuya pesca atrajo un gran número de navegantes; cuando fueron agotadas volvió á quedar desierta la península, hasta que los jesuitas fundaron en ella algunos establecimientos y nos dieron los informes más completos acerca de este país.

Cortés hizo reconocer también la Nueva Galicia, descubierta al Nord-Oeste por Nuño de Guzman. Despachó además otros buques para explorar las islas en el Océano Pacífico, gastando en estas expediciones hasta 300.000 coronas. Esperaba también que nuevos triunfos apagarían la envidia excitada por los primeros, y que Carlos V no sólo le abonaría los gastos, sino que también le devolvería por sus nuevos servicios la autoridad de que había sido despojado; pero á su vuelta á España sólo recibió una fría acogida y repulsas. Sus servicios eran

bastante grandes y numerosos para poderse mostrar ingrato con él en adelante sin grandes inconvenientes.

Siguió á Carlos V en su expedición á Argel, pero perdió todas sus joyas en un naufragio, y sólo pudo lograr salvarse á nado; le mataron en seguida en una batalla el caballo que montaba, y sin embargo, el emperador llegó hasta el punto de negarle una audiencia. Indignado de esta ingratitud brutal, atravesó un día la multitud, y adelantándose hasta el coche del emperador, que le preguntó quien era: *Yo soy*, le contestó Cortés, *el conquistador de Méjico; yo soy aquel que os ha dado más provincias que ciudades os dejaron vuestros abuelos.*

No se echa en cara impunemente á los reyes su ingratitud. Carlos V, que no había contribuido á aquella grande empresa, ni con sus tesoros ni con su dirección, dejó morir oscuramente en Sevilla al que la había llevado á cabo. Cortés tenía entonces sesenta y dos años.

Motézuma y Guatimozin estaban bien vendidos; ¿pero era Carlos V quien debía encargarse de esta misión?

## CAPITULO V

Perú.

El feliz éxito de Cortés reanimó el gusto por las aventuras, que al parecer se iba disminuyendo, no pareciendo demasiado vasta ninguna esperanza ni demasiado atrevida ninguna empresa. Ya hemos dicho cómo Balboa, después de haber atravesado el istmo de Darien, fué informado de la existencia de un gran país al Sud, riquísimo en los metales, que era el único deseo de los europeos. Este país era el Perú; pero era muy difícil á los españoles establecidos en Panamá llegar á él, no sólo por la distancia considerable, sino también por las lluvias excesivas bajo un clima mortífero, y por los bosques impenetrables que había que atravesar. Pedro Arias Dávila, llegado en calidad de virrey al país donde se había manchado con el asesinato de Balboa, no encontró en él más que grandes fatigas que sufrir, en lugar de los tesoros que se había prometido. La falta de las comodidades más indispensables de la vida y la insalubridad del aire, causaron la muerte de seiscientos de estos aventureros, y

los otros, mal refrenados, se mostraban muy arrogantes y amenazaban á los caciques. Velasco era también demasiado débil para emprender por sí el descubrimiento, y demasiado envidioso para dejar que otros lo hiciesen. Trascurrieron, pues, algunos años sin que se volviese á hablar de este asunto, hasta que después llegó el momento en que Francisco Pizarro, Diego de Almagro y Fernando Luque se consagraron con obstinación á la realización de la empresa. El primero, nacido en Estremadura, de una unión ilegítima y reducido á guardar puercos, era extraño á todo sentimiento de familia y de humanidad. Después de haberse distinguido en las guerras de Italia por un valor feroz, marchó á la América, donde había ganado dinero y adquirido tierras. Almagro no reunía al valor de un veterano esa ojeada cierta que asegura el triunfo á las sabias combinaciones. Luque, rico eclesiástico y maestro de escuela, hubiera encontrado de buena gana un obispado, donde otros iban á buscar un vireinato. Estos tres hombres pusieron en comun, Pizarro su audacia, y los otros dos sus fondos, y después de haberse jurado, sobre una hostia que dividieron, no faltarse mutuamente á la fé prometida ni á la lealtad, tomaron licencia de Pizarro, que se hizo á la vela para un mar desconocido, con un buque que llevaba ciento y diez hombres.

Llegó en la peor estación, y así es que en los diversos desembarcos que hizo, sólo encontró pantanos y bosques impenetrables. A pesar de su indomable persistencia, las fatigas y las enfermedades acabaron con sus compañeros, viéndose obligado á resolver su regreso después de tres años de ensayos sin resultado, en medio de las burlas y de los apodos. Hasta en Panamá se compusieron canciones en que se trataba á Pizarro de carnicero, burlándose á la vez de sus asociados; á Almagro, que suministraba las provisiones, le llamaban vendedor de bueyes, y al último lo trataban de loco. El gobernador Pedro de los Rios prohibió el enganche de hombres para este objeto, y mandó recojer los pocos que habían vuelto.

Pero Pizarro, lejos de desalentarse, trazó con su espada una línea en la tierra, y exigió que la atravesasen todos los que renunciaban á los tesoros que él prometía. Todos aceptaron

el partido propuesto, excepto doce, con los cuales sufrió las más duras privaciones en la isla de la Gorgora, sirviendo esto para fortificar más su valor. Apenas se le envió un buque desde Panamá, se embarcó de nuevo para el Perú, adonde llegó al fin, después de veinte días de navegación.

Al descubrir por todas partes señales de la industria y de las comodidades de la vida, campos cultivados y habitantes bien vestidos, comprendió que no tenía que habérselas con una horda de bárbaros, y que no podría establecerse allí con la poca gente que llevaba; en vista de lo cual regresó, refiriendo estas buenas noticias.

No quedaban bastantes fondos á los tres asociados para proseguir la empresa; pero su valor y su obstinación estaban lejos de ceder. Pizarro pasó á España y allí prometió montes y maravillas. Fué oído por el rey y se le nombró gobernador y capitán general de todos los países que pudiese ocupar, sobre una extensión de doscientas leguas al Sud del río de Santiago. Cortés le suministró de su bolsillo algunas sumas de dinero y lo mismo hicieron muchos de sus parientes. El obispado se asignó á Luque, y Almagro, á quien sólo se le reservó el mando de una fortaleza, concibió por esto un vivo despecho; pero se consiguió por fin apaciguarlo, y muy pronto se renovó la alianza entre los tres asociados. Hombres de este temple inspiraban, sin embargo, poca confianza; así es que se presentaron pocos voluntarios para una expedición tan arriesgada, y sólo se pudieron reunir tres barcos pequeños con ciento veinte personas y treinta y seis caballos.

Mientras que Almagro permanecía quieto reclutando gente, partió Pizarro, que á los trece días arribó á la bahía de San Mateo, desde donde, dirigiéndose hácia el Mediodía, llegó á una ciudad tan rica en oro y plata, que no le quedó ninguna duda acerca del éxito feliz de su empresa. Envío al momento á Panamá y á Nicaragua una muestra de estos tesoros, lo que bastó para atraer á su lado un gran número de aventureros.

Marchó entonces hácia la capital, anunciándose como embajador de un soberano poderoso, diciendo que los pocos hombres que le acompañaban no anunciaban por su parte intenciones hostiles.

La primera palabra que oyeron pronunciar los españoles en el país, hizo que le diesen el nombre de Perú. Contaban los naturales que sus antepasados habían hecho una vida salvaje, hasta que el Sol, su padre, compadeciéndose de ellos, les había enviado seres sobrehumanos para instruirlos. La tradición varía aquí, según los países y aun según las personas; la más general, á lo que parece, designa á Manco-Capac, que habiendo venido del Norte con Mama Oella, su mujer, y su hermana, fundó á Cuzco, capital del reino, sometió y civilizó los pueblos inmediatos, y comenzó la raza de los Incas, que reinó sin interrupción en este país.

Estas tradiciones fabulosas merecen ménos atención que los monumentos de que está lleno el reino, los cuales anuncian una civilización anterior. Había en Tiauanacu palacios y muchas estatuas, así como moles de piedras enormes. En la orilla del lago Schiouncytu se veía una plaza de treinta y cinco piés cuadrados, rodeada de casas, con dos pisos y una sala cubierta, de cuarenta y cinco piés de longitud y veintidos de latitud, formando toda una sola pieza llena de multitud de estatuas. Estas construcciones se atribuían á una nación en la cual no se afeitaban los hombres y llevaban trajes diferentes á los vestidos modernos, y anterior con mucho á los Incas.

¿Se debe creer que los peruanos hubiesen vuelto al estado salvaje después de una civilización anterior? ¿Descendían de su raza los que los instruyeron de nuevo, simbolizados en Manco-Capac? Esto es lo que no se puede decidir.

Manco-Capac consiguió atraer sin gran trabajo los pueblos inmediatos á una sociedad regular; les enseñó el culto del sol, la obediencia á las leyes y el cultivo de los campos. Puso á la cabeza de cada pueblo un *curaca* para gobernarlo, elevó un templo al dios que lo había enviado é inspirado, y destinó á su servicio vírgenes consagradas. Los peruanos aprendieron de él á afeitarse la cara de un modo particular, á envolverla en una banda de tela, á llevar grandes pendientes, como él mismo los llevaba, y ellos lo adoptaron como adorno nacional; á fin de que se conservase sin marcha la raza del Sol, se casaban los Incas hermanos con hermanas.